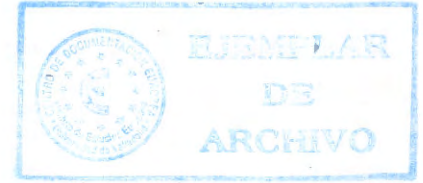


1.5
COM
cin

**II JORNADAS DE LA COMISION
ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LAS
RELACIONES INTERNACIONALES
(CEHRI)**



8 JUL 2002

**Cincuentenario de la Declaración
Schuman (9 de Mayo de 1950) El
impulso de la idea de Europa y el
proceso de integración**

15150112



Valladolid, 28,29 y 30 de Septiembre de 2000
Facultad de Filosofía y Letras
(Salón de Actos Lope de Rueda)
Universidad de Valladolid
Plaza del Campus, s/n
47011 VALLADOLID

A. 9.256

COPIA DE LA
COMISION ESPAÑOLA DE HISTORIA
DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
(CEHRI) A LA BIBLIOTECA
DEL CENTRO DE DOCUMENTACION
EXTERNA DE LA UNIVERSIDAD DE
VALLADOLID
Julio de 2002

INDICE

. Presentación:

Juan Carlos Pereira Castañares, Presidente de la CEHR 7

. A modo de introducción:

"En el cincuentenario de la Declaración Schuman: historia e historiografía"
Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez,
Universidad de Valladolid 13

. Conferencia Inaugural:

"Niza: la ampliación europea o la ampliación de los problemas"
Juan José Laborda Martín, Senador PSOE 21

I. La cultura europea y el europeísmo en el periodo de entreguerras

- Comunicaciones

. *"Propuestas de convergencia europea en el periodo de entreguerras"*
Ana del Hoyo 31
. *"Europa en el pensamiento político de Salvador de Madariaga"*, Julián Mateo
Viñes..... 51
. *"La Europa de Winston Churchill"*, Cristián E. Medina Valverde y Cristián
Garay Vera 59

II. La evolución de la idea de Europa y la Declaración Schuman

- Ponencia

. *"La evolución de la idea de Europa y la Declaración Schuman"*, Juan C. Gay
Armenteros, Universidad de Granada 77

- Comunicaciones

. *"La idea de Europa y el choque civilizatorio. Hacia un nuevo humanismo"*,
Yolanda Ferrer Fernández y Juan Carlos Cuevas Lanchares..... 95
. *"Los padres de Europa: la tendencia católica y la tendencia laica"*.
María Antonia Martín Díez y Santiago Petschen Verdager..... 115
. *"Recordando a Robert Schuman, 50 años después, con breve refe-
rencia a España"*, Alberto J. Leonart Amsélem 127
. *"Gran Bretaña y el Plan Schuman"*, Javier García Martín..... 139

Edita:

La Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI)

I.S.B.N.: 607-4820-0

Depósito Legal: M-25396-2002

Imprime:

Imprenta Pardo.

C/ Fermina Sevillano 31. 28022 Madrid.

Tel.: 91 747 81 28.

III. El proceso de ampliación de las Comunidades Europeas: de la Europa de los Seis a la Europa de los Quince

- Ponencias

- . "El proceso de ampliación de las Comunidades Europeas: de la Europa de los Seis a la Europa de los Quince", Salvador Forner Muñoz, Universidad de Alicante 155
- . "Principales retos del modelo económico de la Unión Europea: el caso de la fiscalidad", Donato Fernández Navarrete, Universidad Autónoma de Madrid..... 167

- Comunicaciones

- . "Las relaciones entre Grecia y la Comunidad Económica Europea, cuatro años después de su asociación (1962-1966)", Matilde Morcillo Rosillo..... 189
- . "Suiza y la Unión Europea: neutralidad y nuevas perspectivas", Juana Martínez Mercader 205
- . "Federalismo y regionalismo en la Unión Europea. La Europa de las regiones" una visión desde España, Adela María Alija Garabito..... 221
- . "La evolución de la política exterior de la Unión Europea", Diego Checa Hidalgo... 235

IV. El retorno a Europa de los países del Este

- Ponencia

- . "El retorno a Europa de los países del Este: el reto de la ampliación", Rafael Calduch Cervera, Universidad Complutense 255

- Comunicaciones

- . "Los países del Este y su integración en Europa. La necesidad de la ampliación", Miguel Angel del Arco Blanco 301
- . "La idea de Europa en Polonia", Beata Wojna..... 319
- . "La integración de Rumanía en la Unión Europea: balance y perspectivas" Silvia Marcu 333
- . "Hungria, República Checa y Polonia: el reto de la ampliación", Concepción Anguita Olmedo 349

V. España ante el proceso de integración europea

- Ponencia

- . "España ante el proceso de integración europea", Esther Barbé, Universidad Autónoma de Barcelona 361

- Comunicaciones

- . "Reflexión sobre el distanciamiento entre España y Europa", Pascual Serrano Sirvent 377
- . "España ante el proceso de integración europea a través de los libros de texto de educación secundaria", Laura Martínez Puente 385
- . "España, Alemania y el Mercado Común, 1957-1962. La República Federal de Alemania ante la aproximación española a la Comunidad Económica Europea", Carlos Sanz Díaz 391
- . "Las repercusiones de la crisis comunitaria de 1963 en la solicitud española de asociación a la CEE", Heidi Cristina Senante Berendes 411
- . "La prensa española en los años 50", Pedro Pascual 423

- Conferencia de Clausura:

- "La construcción de la unidad europea" José María Gil Robles, Diputado y Ex-Presidente del Parlamento Europeo 451

Presentación:

Juan Carlos Pereira Castañares
Presidente de la CEHRI

La *Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI)*, se creó en 1991 por iniciativa de un grupo de profesores universitarios españoles, para responder institucionalmente al creciente interés que estaba teniendo en España la *Historia de las Relaciones Internacionales*, tanto como línea de investigación científica como materia de enseñanza universitaria.

Desde esa fecha hasta la actualidad, en el momento en el que cumple sus diez años de existencia, la *CEHRI* se ha consolidado como una de las asociaciones de historiadores más activas en España. Organización de conferencias; reuniones de profesores; colaboraciones con otras instituciones como la UNED, la Fundación Rey Afonso Henriques, las Universidades de Valladolid, Complutense, Huelva o Salamanca o el Ministerio de Asuntos Exteriores, son ejemplos de una continua actividad desde casi los inicios de su creación. Hemos publicado un libro resultado de nuestras I Jornadas (*La Historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España*, Madrid, 1997); publicamos un Boletín anual; en 1998 iniciamos una colección de publicaciones bajo el título *Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales* y hemos colaborado en la publicación de libros o revistas de interés para los estudiosos de nuestra materia.

Para el desarrollo de todas estas actividades hemos contado con el apoyo permanente de nuestros socios, que se han incrementado de los 44 existentes en 1993, a los 125 que pertenecemos a la *CEHRI* en la actualidad. A ellos se unen los cuatro Socios Honorarios elegidos por la Asamblea General hasta la actualidad (José María Jover, Fernando Morán, Javier Rubio y Antonio Telo). Los trabajos permanentes de los diversos miembros de las Juntas Directivas, así como de nuestro primer presidente, Hipólito de la Torre, han posibilitado una continuidad en la trayectoria de la *CEHRI* así como el logro de los objetivos previstos.

Una de las actividades que mayor repercusión ha tenido fueron las *I Jornadas sobre Historia de las Relaciones Internacionales*, que se celebraron en la Facultad de Geografía e Historia de la

Universidad Complutense de Madrid en octubre de 1994. En dicho encuentro los más cualificados historiadores de las relaciones internacionales de Alemania, Francia, Italia, Portugal y Gran Bretaña, junto con historiadores españoles, veteranos y jóvenes investigadores, debatimos durante tres días el objeto, el método y la evolución de nuestra materia de enseñanza e investigación. Fue una espléndida carta de presentación de nuestra Comisión, que se completó con la publicación de las Actas, nuestro primer libro.

Han tenido que pasar seis años para que de nuevo la *CEHRI* la nueva Junta Directiva elegida en 1998, nos lanzáramos, con la escasez de nuestros recursos e infraestructura, pero con una gran motivación, a organizar las II Jornadas que hoy se plasman materialmente en esta obra que el lector tiene en sus manos, bajo el título: *Cincuentenario de la Declaración Schuman (9 de mayo de 1950). El impulso de la idea de Europa y el proceso de integración.*

Estas Jornadas se celebraron en la Universidad de Valladolid, gracias al interés, la dedicación y el entusiasmo que desde la primera propuesta que hicimos tuvieron los profesores Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez. No solamente durante los meses que estuvimos organizando este evento, sino también durante el desarrollo de las sesiones - los días 28, 29 y 30 de septiembre de 2000-, mostraron, especialmente nuestro amigo Guillermo, una preocupación por cada detalle y circunstancia que debe resaltarse también por escrito. A nuestros dos amigos y al pequeño equipo de colaboradores que seleccionaron, muchas gracias por todo lo realizado y por lo que disfrutamos en vuestra bella ciudad.

Sin duda alguna, un acto de esta envergadura no podía haberse realizado sin el apoyo de un conjunto de instituciones que nos ayudaron financieramente y materialmente desde que les presentamos el proyecto. Estas instituciones han sido la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León; los Vicerrectorados de Investigación y Extensión Universitaria, la Facultad de Filosofía y Letras y el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid y el Instituto de Estudios Europeos de esta misma Universidad; el Vicerrectorado de Investigación y el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid; el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo; la Oficina del Parlamento Europeo en España y Caja Duero. A todas las instituciones y a sus representantes, algunos de los cuales estuvieron

presentes durante las sesiones, gracias en nombre de la Comisión y de sus socios.

El Comité Organizador, formado por los profesores Martín de la Guardia, Martínez Lillo, Moreno Juste, Neila Hernández y Pérez Sánchez, presidido por mi, preparamos con atención el contenido de unas Jornadas que iban a girar en torno a la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950, evento que nos iba a permitir, a su vez, reflexionar en profundidad sobre uno de los temas de mayor interés entre los historiadores en la actualidad: el proceso de construcción europea y las relaciones entre España y Europa.

Divididas las Jornadas en cinco sesiones, tratamos de partir cronológicamente del período de entreguerras y llegar hasta la actualidad, analizando los diferentes temas que hoy más preocupan a los investigadores y ocupan las primeras páginas de los medios de comunicación. Para ello contamos con la presentación de una ponencia para cada una de las áreas que encargamos a algunos de los principales estudiosos de cada uno de estas temáticas: Juan Pablo Fusi Aizpurúa, Juan C. Gay Armenteros, Salvador Forner Muñoz, Rafael Calduch Cervera y Esther Barbé Izuel, todos ellos catedráticos de las Universidades Complutense, Granada, Alicante y Autónoma de Barcelona, tanto de Historia Contemporánea como de Relaciones Internacionales. Todos menos el prof. Fusi entregaron su ponencia por escrito, y contamos así en este libro con un conjunto de reflexiones y aportaciones del más alto nivel académico, de carácter interdisciplinar, que creo pueden alentar el debate y contextualizar perfectamente los diferentes aspectos que sobre la construcción europea pueden interesar a cualquier ciudadano de la Unión. Aportaciones que se han enriquecido con la ponencia del profesor Donato Fernández, que hemos incluido en el tercer bloque de este libro.

No quisimos dejar pasar la oportunidad de reunir a especialistas de diferentes materias europeístas, para organizar una Mesa Redonda que nos proporcionara a los historiadores una visión complementaria, y actual, sobre este trascendental proceso de integración. Contamos para ello con las interesantísimas intervenciones de Celso Almuíña, Director del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid; Donato Fernández Navarrete Catedrático de Estructura Económica de la Universidad Autónoma de Madrid y autor de uno de los libros más sólidos y rigurosos que sobre la materia se han escrito;

Soraya Rodríguez Ramos, Diputada al Parlamento Europeo, y Marcos Sacristán Represa, Director del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid y autor de varios trabajos especializados. De esta forma, la historia, la economía, la política y el derecho, nos permitieron tener una visión de conjunto de los condicionantes históricos y los retos de la Unión Europea.

La intervención de especialistas o profesores universitarios en unas Jornadas científicas, deben ir siempre acompañadas, desde nuestra perspectiva, con la colaboración, a través de sus respectivas comunicaciones, de becarios, graduados o investigadores predoctorales, que pueden tener así un foro en donde presentar por vez primera sus trabajos, discutir sus hipótesis y conocer a personalidades de las que de una u otra forma pueden, y deben, aprender. Nuestra llamada para la presentación de comunicaciones fue un éxito dada la especialización temática de estas Jornadas. Veinte comunicaciones, repartidas casi equitativamente entre las cinco sesiones, se presentaron y tuvieron una lectura detenida y una valoración objetiva a través del trabajo de cinco relatores. Los profesores Montserrat Huguet, Federico Sanz, Mercedes Samaniego, Francisco Veiga y Rafael García Pérez, de las Universidades Carlos III, Burgos, Salamanca, Autónoma de Barcelona y Santiago de Compostela, realizaron un excelente trabajo y por ello también nuestro agradecimiento por su colaboración. Todas las comunicaciones se publican en este libro y con ello nuestros jóvenes autores, algunos de los cuales se incorporaron a la CEHRI en Valladolid, ven también recompensada de alguna manera sus valiosas contribuciones.

Debo ir terminando y he dejado casi para el final nuestro sincero agradecimiento a dos personalidades que nos apoyaron desde el principio. Por un lado, D. Juan José Laborda, Senador y Portavoz del PSOE en la Cámara Alta, que ha conocido en su dilatada trayectoria política el desarrollo del proceso de integración europea, desde una España aislada y deseosa de pertenecer "a Europa"; su conferencia inaugural, que incluimos también en este libro, nos muestra una claridad y un gran realismo al analizar los retos de la construcción europea en la actualidad. Por otro lado, nada mejor que clausurar unas Jornadas que contaron con una gran asistencia, con el testimonio de D. José María Gil Robles, Presidente del Movimiento Europeo Internacional, ex Presidente del Parlamento Europeo y actualmente Diputado en esta última institución; el texto íntegro de

su intervención nos ofrece también una visión sincera y optimista de la integración continental desde la famosa Declaración Schuman.

Como Presidente de la CEHRI creo que tanto el Comité Organizador, como la Junta Directiva, así como todos y cada uno de los socios, debemos manifestar nuestra total satisfacción por el desarrollo de nuestras II Jornadas en la siempre acogedora ciudad de Valladolid. Tanto por las relaciones de amistad que establecimos, por la colaboración institucional, por la participación de todos los ponentes, relatores y miembros de la Mesa Redonda que invitamos, como también por la participación de los comunicantes, estudiantes, socios y público en general, podemos afirmar con rotundidad que el éxito fue total y absoluto.

Todo ello nos anima, sin ninguna duda, a seguir trabajando en favor de la CEHRI, de la Historia de las Relaciones Internacionales y de la Historia en general. La publicación por la editorial Ariel del primer libro escrito por historiadores españoles sobre *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, que se encuentra ya en las librerías, y el apoyo prestado por la Asociación de Historia Contemporánea para publicar en la revista *Ayer* un monográfico sobre Historia de las Relaciones Internacionales, vienen a confirmar la vitalidad y el interés creciente por nuestra materia.

El libro que ustedes tienen en sus manos, que con gran esfuerzo económico publica la CEHRI, y para el que se ha contado con una ayuda del Parlamento Europeo, refleja fielmente lo que en Valladolid se habló y debatió sobre Europa y los europeos, pero también el esfuerzo de todos los que pertenecemos a la *Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*.

A modo de introducción:

**EN EL CINCUENTENARIO DE LA DECLARACION
SCHUMAN: HISTORIA E HISTORIOGRAFIA**

**Ricardo M. Martín de la Guardia
Guillermo Á. Pérez Sánchez
Profesores Titulares de Historia Contemporánea.
Universidad de Valladolid**

El 9 de mayo de 2000 se celebró el quincuagésimo aniversario de la «Declaración Schuman», episodio trascendental en el inicio del proceso de integración europea. El documento de Robert Schuman, en cuya elaboración participó activamente Jean Monnet, planteaba tres grandes retos a los que se enfrentaba Europa en la inmediata posguerra: conseguir la «paz perpetua», avanzar por la senda del «buen gobierno» y lograr el «bienestar socioeconómico de los pueblos». Para alcanzar dichas metas era necesario el acercamiento en primer lugar entre Francia y Alemania y a continuación entre los demás países europeos occidentales dentro de un proyecto de integración supranacional que comenzaría por la economía: la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) el 18 de abril de 1951 puso de manifiesto la posibilidad real de llevar a cabo esa integración pacífica y progresiva. A partir de estos momentos iniciales, el proceso de cooperación entre los países del Viejo Continente no dejó de avanzar y hoy en día la Unión Europea es «el primer bloque comercial del mundo, uno de los tres polos de la llamada “triada del poder económico” y, lo que es más importante, un modelo de integración para el resto de las áreas regionales»¹.

Al conmemorar los primeros cincuenta años transcurridos desde dicho acontecimiento mediante un encuentro que posibilitara

¹PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos, «Pensar sobre el siglo XX para entender mejor el siglo XXI. Tiempo, espacios y procesos desde la perspectiva de la Historia de las Relaciones Internacionales», *Anales de Historia Contemporánea*, 16 (2000), pp. 42-43.

la reflexión histórica de los investigadores españoles, la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI) celebró en la Universidad de Valladolid del 28 al 30 de septiembre de 2000 sus II Jornadas de estudio y análisis con el título genérico de «El impulso de la idea de Europa y el proceso de integración: el cincuentenario de la Declaración Schuman (9 de mayo de 1950)».

La elección de esta Universidad para la realización de las Jornadas se debió, fundamentalmente, al reconocimiento merecido por la atención que los investigadores vallisoletanos —de la historia contemporánea, la geografía, el derecho, la economía o la sociología— vienen prestando a este campo de estudio desde comienzo de los años ochenta. En efecto, los miembros del Centro de Documentación Europea primero y después del Instituto de Estudios Europeos (Instituto Universitario LRU desde 1997), han desarrollado de manera ininterrumpida su actividad investigadora de carácter interdisciplinar con la finalidad de contribuir a mejorar el conocimiento científico de los procesos contemporáneos de integración y unificación de Europa, tal como demuestran el impulso de la investigación europeísta, la realización de publicaciones científicas (monografías, obras colectivas y la *Revista de Estudios Europeos*), la impartición de cursos de especialización y la formación permanente de posgraduados universitarios, el intercambio de información y de expertos, así como el asesoramiento científico y la asistencia técnica a particulares y entidades interesadas en la realidad de la Unión Europea.

Con estos apoyos y desde la centenaria universidad vallisoletana, los participantes de las II Jornadas de la CEHRI, tanto ponentes como comunicantes, trataron el significado histórico de la Declaración Schuman y su impacto en el proceso de integración iniciado en 1950, así como ofrecieron un balance sobre este campo de las relaciones internacionales en la historiografía española.

La Europa de la segunda posguerra: la Declaración Schuman y su impacto en el proceso de integración

La llegada de la paz a Europa después del conflicto bélico potenció la recuperación del ideal europeísta no como una mera reflexión teórica sino como la necesidad sentida por algunos de poner en marcha un proyecto viable de construcción institucional y supranacional en el Viejo Continente.

En este camino abierto a la reconciliación y en el empeño de

buscar el apoyo entre las naciones europeas desempeñaron un papel muy relevante tanto Robert Schuman (1886-1963), Ministro francés de Asuntos Exteriores, como Jean Monnet (1888-1979), el hombre responsable del plan de reconstrucción y modernización de Francia después de la Segunda Guerra Mundial. La resolución de la «cuestión alemana» aparecía en aquel escenario como el elemento crucial si el afán europeísta no quería desvanecerse entre buenas palabras. La experiencia de la Primera Guerra Mundial no podía olvidarse: era necesario buscar con el apoyo británico el acuerdo entre Francia y la recién nacida República Federal de Alemania para desarrollar ideas concretas sobre una futura unión. Sin embargo, el Gobierno de Londres se limitó desde el primer momento a mantener y ampliar las relaciones económicas y comerciales con el continente sin que dicha actitud albergara ningún tipo de compromiso sobre una relación más estrecha con Francia. Así, fue el propio Monnet quien trató de encontrar apoyos en el Canciller Konrad Adenauer (1876-1967), decisión importante para el futuro de la integración europea que recibió la aprobación de Schuman, para quien «la reconciliación franco-alemana era el sueño de su carrera»². Para Adenauer, esta aproximación entre adversarios seculares serviría para eliminar de raíz sentimientos de hostilidad que podía alimentar la posguerra, y contribuir decididamente a edificar los cimientos de un acuerdo general sobre el futuro de Europa.

Una vez que el Gobierno de la República Federal de Alemania aceptó participar en iguales condiciones jurídicas y económicas que el Gobierno de la República Francesa, en el proceso de integración ideado por Schuman, Monnet y sus más estrechos colaboradores, llegó el momento de presentar un proyecto concreto —el de integración económica de los sectores productivos del carbón y del acero— y de invitar a los demás países europeos con los mismos valores e ideales a sumarse al proyecto, «fermento de la unidad europea»³. El documento, conocido como «Declaración Schuman», se presentó a la opinión pública el 9 de mayo de 1950:

“La paz mundial sólo podrá ser salvaguardada con esfuerzos creadores a la medida de los peligros que la amenazan (...)”.

²LECERF, Jean: *Principios de la unidad europea*. Las Palmas de Gran Canaria, Inventarios Provisionales Editores, 1973, p. 32

³MONNET, Jean: *Memorias*. Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 288.

“Europa no se hará de golpe ni en una construcción de conjunto; se hará mediante realizaciones concretas, creando ante todo una solidaridad de hecho. La unión de las naciones europeas exige que la oposición secular de Francia y Alemania sea eliminada. La acción emprendida debe alcanzar en primer término a Francia y Alemania”.

“Con esta finalidad el Gobierno francés propone llevar inmediatamente la acción sobre un punto limitado, pero decisivo”.

“El Gobierno francés propone colocar el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y acero bajo una alta autoridad común en una organización abierta a la participación de los demás países de Europa”.

“La puesta en común de las producciones de carbón y acero asegurará inmediatamente el establecimiento de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de estas regiones mucho tiempo consagradas a la fabricación de armas de guerra de las cuales han sido las más constantes víctimas (...)”.

“Al contrario que un cártel internacional que tiende a la repartición y a la explotación de los mercados nacionales por prácticas restrictivas y el mantenimiento de elevados beneficios, la organización proyectada asegurará la fusión de los mercados y la expansión de la producción”.

“Los principios y los compromisos esenciales definidos arriba serán objeto de un tratado firmado entre los Estados y sometido a la ratificación de los Parlamentos. (...)”⁴

La «Declaración Schuman», considerada por Walter Lippmann como la iniciativa «más audaz y la más constructiva desde el final de la guerra»⁵, contó rápidamente con la adhesión de Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia. Los Seis —Francia, Alemania, los tres del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo) e Italia,— impulsaron la constitución en 1951, antes de cumplirse el primer aniversario de la Declaración Schuman, de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuyo éxito contribuyó a consolidar definitivamente el proceso de integración económica europea, y, según Pierre Gerbert, «permitió que Francia tomara la

⁴Le Monde (11-V-1950). Cit. en BRUGMANS, Henri, *La idea europea, 1920-1970*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1972, pp. 376-378; TRUYOL Y SERRA, Antonio, *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. I Génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951-1979)*, Madrid, Tecnos, 1999, pp. 175-177.

⁵Cit. en VOYENNE, Bernard, *Historia de la idea europea*, Barcelona, Editorial Labor, 1970, p. 196.

iniciativa y sustituyera como líder de Europa a una Gran Bretaña demasiado reticente⁶ con el proyecto de integración.

El 25 de julio de 1952 —dos días después de la Conferencia de los Seis en París—, con la puesta en marcha de esta primera Comunidad supranacional de carácter económico, el proceso de integración europea iniciaba su primera etapa, aunque por el momento sólo se tratara de un mercado común del sector siderúrgico. La importancia del acontecimiento fue resaltada por Jean Monnet el 10 de agosto de 1952 en Luxemburgo durante la primera sesión de trabajo de la Alta Autoridad de la CECA, presidida por él mismo: era la culminación de un proyecto pensado para relanzar la economía europea y elevar el nivel de vida de su población.

Tal como quedó reflejado en el Tratado fundacional, los Seis países signatarios de la CECA se disponían a partir de ese momento a constituir «los fundamentos reales» de una Europa organizada con voluntad de unión supranacional. Según el artículo 7 del Tratado de la CECA, para lograr los fines perseguidos, la Comunidad contaba con cuatro instituciones básicas, todas ellas de gran influencia para futuros tratados: a) el Consejo Especial de Ministros; b) la Alta Autoridad, cuyo primer presidente fue Jean Monnet, acompañado entre otros, de los vicepresidentes Albert Coppé, exMinistro de Economía belga, y Franz Etzel, quien con el tiempo sería Ministro de Hacienda en Alemania⁷; c) la Asamblea Parlamentaria y d) el Tribunal de Justicia; además de un Comité Consultivo, de ayuda y apoyo a la Alta Autoridad, y formado por representantes tanto de los agentes sociales, es decir, empresarios y trabajadores, como de los consumidores. De entre todas, una aportación institucional fundamental de la CECA, ideada por Schuman y Monnet, fue la Alta Autoridad, la cual, como ha explicado Rogelio Pérez-Bustamante, «no era un órgano de colaboración intergubernamental, sino una autoridad supranacional constituida como primera etapa de un proceso que concluiría con la unificación económica y política de Europa»⁸.

⁶La construction de l'Europe, Paris, Imprimerie Nationale. Éditions, 1994, p. 89.

⁷El resto de miembros eran: Enzo Giacchero, vicepresidente del partido cristiano-demócrata italiano; Leon Daum, industrial francés; Dirk Spierenburg, jefe de la delegación luxemburguesa en la negociaciones; Heinz Putthoff, que había sido miembro de la Autoridad Internacional para el Ruhr; y el Paul Finet, primer presidente de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres.

⁸Historia política de la Unión Europea, 1940-1995, Madrid, Dykinson, 1995, p. 87.

Como afirmó Jean Monnet, la creación de la CECA sólo «fue un paso técnico, pero sus nuevos procedimientos de actuación bajo instituciones comunes originaron una revolución silenciosa en algunas de ellas. Resultó decisiva para persuadir a los hombres de negocios, funcionarios, políticos y sindicalistas de que una aproximación de esta clase a los problemas políticos y económicos europeos podía funcionar; y las ventajas políticas y económicas de la unidad eran inmensas en relación con una situación de división. Una vez convencidos, pasaron a estar preparados para seguir avanzando.»

Apunte para el futuro

La celebración de las II Jornadas de la CEHRI también suponen un reto historiográfico para los investigadores de las relaciones internacionales en general y de la Europa comunitaria en particular. El paso del tiempo ha dado la razón al Profesor Juan Carlos Pereira Castañares cuando, con motivo de la publicación de las Actas de las I Jornadas sobre Historia de las Relaciones Internacionales, organizadas por la CEHRI, apuntaba como algo ineludible que la comunidad universitaria aceptase la «Historia de las Relaciones Internacionales y de la Política Exterior de España como campos historiográficos bien definidos conceptual y metodológicamente»⁹.

La consolidación de las Comunidades Europeas permitió que la investigación se afianzara en todas sus variantes jurídica, politológica, económica, sociológica e histórica¹⁰. En caso de la historia, debemos destacar los estudios sobre los orígenes de la idea de Europa y de la propia identidad europea como forja del edificio institucional y supranacional de la Unión. Como ha señalado Antonio Moreno Juste, «el estudio acerca de la "Identidad Europea" responde también a las necesidades inherentes al estudio actual de

⁹«Introducción: la Historia de las Relaciones Internacionales en España. Respuestas, propuestas y conclusiones», en COMISIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES, *La Historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España*, Madrid, CEHRI, 1996, p. 2.

¹⁰Cfr. PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos y MORENO JUSTE, Antonio, «España ante el proceso de integración europea desde una perspectiva histórica: panorama historiográfico y líneas de investigación», *Studia Historica*, vol. IX (1991), pp. 129-152.

la construcción europea: definir una ciudadanía europea (...); un modelo europeo de sociedad (...); y de reafirmar su identidad en el ámbito internacional (...)¹¹. Junto a este ámbito de investigación, el interés de los historiadores españoles del proceso de integración europea deberá plasmarse en primer lugar en aportaciones sobre el proceso institucional y supranacional desde el mercado común a la unión económica y monetaria, sin dejar de lado los aspectos sociales, de justicia e interior y de seguridad y defensa. En segundo término, las investigaciones futuras deberán contemplar en la presente década la incorporación de los países de la antigua Europa del Este en el marco de la evolución de Europa occidental en general y de cada Estado nacional en particular¹² y teniendo en cuenta las realidades políticas, socioeconómicas, defensivas y geoestratégicas de la segunda mitad del siglo XX.

¹¹«Construcción europea e historia de las relaciones internacionales», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 19 (1997), p. 181.

¹²Cfr. NEILA HERNÁNDEZ, José Luis, «Bibliografía reciente sobre historia de las relaciones internacionales en España (1995-1997): un balance informativo», *Boletín de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales*, nº 3-4 (enero 1998), en especial, pp. 20-21 y 27.

Conferencia Inaugural:

NIZA: LA AMPLIACIÓN EUROPEA O LA AMPLIACIÓN DE LOS PROBLEMAS.

**Juan José Laborda Martín
Senador PSOE.**

Quiero advertirles que no soy un pesimista, aunque debo confesarles mi pesimismo sobre las oportunidades que el Consejo de Niza tiene para resolver la crisis que vive Europa. En el mejor de los casos, la Conferencia de Niza demorará a una próxima Conferencia Intergubernamental la solución definitiva de los problemas que la ampliación nos plantea a los actuales miembros de la Unión.

No por edad, pero sí por vivencias, pertenezco a una generación de europeos que contemplaron la idea de Europa tras las experiencias de la guerra. Yo nací después de 1945, pero, como tantos españoles, siempre entendí la Guerra Civil que mis mayores habían perdido como un anticipo de la guerra europea que ganarían las democracias, y por lo tanto siempre vi, siempre vimos, orteguianamente, que la solución de España estaba en Europa, que Europa era el anclaje definitivo de nuestra vocación democrática.

En una ocasión tuve la oportunidad de conversar con el que era decano de los presidentes de cámaras parlamentarias europeas, el presidente del Senado francés, Alain Poher. En aquella ocasión me dijo: tengo exactamente el doble de edad que usted. Era verdad. Debía ser en 1991. Celebrábamos la conferencia de presidentes de los parlamentos europeos. Allí estaban los presidentes de las nuevas democracias surgidas tras el derrumbe del sistema soviético. Allí estaba, por ejemplo, el héroe de la primavera de Praga de 1968, que tanta pasión nos inspiró, Alexander Dubceck. Allí estaba la señora Giotti, la presidenta de la cámara baja italiana, la viuda de Togliatti. Los dos presidentes españoles éramos de los más jóvenes, empero mi compañero Félix Pons, debía ser por entonces ya, tras Poher, el de más larga permanencia en el puesto de todos los presidentes europeos. Hablé con Poher de todas aquellas paradojas, pero los ideales eran comunes en aquel foro parlamentario que había reunido a treinta países, y a la gama completa de las ideologías europeas, desde conservadores hasta comunistas.

Pertenecíamos a la misma comunidad espiritual, aunque fuésemos más jóvenes, o nuestro país llevase poco tiempo incorporado a las instituciones comunes. La idea de Europa nos movilizaba. Era una ilusión que suscitaba debates en vísperas del Tratado de Maastricht. Hasta los suizos, que ya es decir, miraban con expectación aquellos movimientos. Checos, polacos, húngaros, rumanos, búlgaros, ansiaban que quienes estábamos discutiendo entonces de dinero, de cuotas lácteas, mirásemos hacia el Este y hablásemos de paz y de ciudadanía.

Y así fue. Después de la generación de los fundadores, la de los años noventa, Delors, Kohl, González, Mitterrand, ha compartido los valores de Monnet, Schuman, Adenauer, etc. Por eso había esa sintonía entonces. La primera generación, tenía que hacer frente a la amenaza soviética, demostrar que la democracia era capaz de dar más derechos y más riqueza que el sistema comunista y cerrar el ciclo de guerras europeas. La segunda generación tenía que demostrar que, caído el Muro, las democracias europeas podían defender sus conquistas sociales, el Estado del bienestar y la calidad democrática, compitiendo con Japón y los Estados Unidos y evitar que la guerra volviera a los campos europeos. Querían que Europa dejase de ser un escenario, para llegar a ser un actor histórico. Maastricht y su proyecto de Unión y ciudadanía fue la respuesta de aquella generación europea a las incertidumbres de una época que acababa de comprobar que el mundo construido en Yalta y en Bretton Woods se había ido para siempre.

¿Podrá la CIG de Niza dar una respuesta a nuestros problemas de hoy? Pero ¿cuáles son los problemas de Europa? Lo primero que constatamos es que los problemas de la agenda de Niza son abstracciones de los de verdad: las abismales diferencias de suerte entre un rumano y un holandés, incluso de un rumano con un portugués, un irlandés o un español. Rumanos, búlgaros: son europeos, pero, aquí, son emigrantes. No hablo de los futbolistas. En la sierra de Burgos se buscan los empleos que los de aquí no quieren, serrando madera, compitiendo con los ecuatorianos y magrebies. Pero la agenda no puede hablar de otra cosa que de los problemas de la integración de esos países, de la reforma institucional que su incorporación acarrearán y de su impacto en aquello que es un símbolo: el euro.

Y en mi opinión, Niza se presenta sin un liderazgo europeo y sin una doctrina europea. En la actual generación de líderes europeos, nadie descuella, pero tampoco hay un grupo de líderes

con afinidades, como se dio en los años noventa. Los que tienen una biografía política amplia proponen fórmulas. Chirac defiende la idea de una constitución europea. Fisher, el ministro alemán de pasado revolucionario, ha tenido la valentía de hablar de una Europa federal. Solana, probablemente el más optimista, sigue defendiendo el funcionalismo. Crear Europa mirando más a una Gran Bretaña que aún no tiene constitución y que incorporó Escocia, fusionando sus parlamentos, mediante un tratado, que intentando prever mediante una racionalidad propia del Derecho continental, lo que los hechos políticos irán describiendo.

En realidad Europa se ha construido como consecuencia de las crisis. Ahora tenemos un enorme desafío: responder a los candidatos al ingreso y hacerlo sin desvirtuar lo que hemos logrado hasta ahora. No somos como Mercosur o el NAFTA. Pretendíamos erigir un modelo de civilización, acercarnos a la mejor enseñanza moral de los norteamericanos. Un gran espacio económico, construyendo ciudadanos de una Unión a partir de una pluralidad de razas y creencias, y evitando centralismos omnipotentes.

Y hoy por hoy, esta Europa que va a decidir en diciembre en Niza, vive sin pensar en la crisis. Vive en el ciclo de mayor y más prolongado crecimiento económico desde 1973. Tal vez esta abundancia explique que no existan liderazgos, ni doctrinas europeas compartidas, y que la política europea se esté renacionalizando, es decir, se está gubernamentalizando. Es un fenómeno paralelo a la pérdida de identidad de los grandes partidos europeos. La democracia cristiana europea está en crisis. A sus filas, llegan nuevos creyentes como Berlusconi, y sus dirigentes actuales se parecen más a los clásicos torys británicos, que a Aldo Moro, Adenauer o Erhardt. Para encontrar hoy en Europa un democristiano influyente como fueron éstos, hay que irse a Chile. Al socialismo europeo le ocurre otro tanto. Ideológicamente se ha ido aproximando al ala liberal del partido demócrata norteamericano. Blair y Clinton, y en un momento también Schroeder, han hablado de organizar una internacional ideológica. La vieja internacional socialista, aunque su sede siga el Londres, está nutrida por una mayoría de partidos de países pobres, con poco en común con los europeos en los terrenos de la acción. Europa es un muro proteccionista que subvenciona a cada una de sus vacas con más dinero que el ingreso per cápita de buena parte de quienes viven en la geografía de la indigencia mundial.

Y en este ambiente se encontrarán en Niza, los gobiernos y los representantes testificales del Parlamento Europeo. Desde marzo de 1998, Bulgaria, Chipre, República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, Rumania, Eslovaquia, Eslovenia y Turquía, aguardan una respuesta europea. Y de este primer paso en Niza, aunque sea corto, se abrirá un proceso imparable hacia una Europa de más de 30 naciones. Y en ese futuro ¿Sólo habrá con Rusia, o con las Rusias, meros acuerdos de *partenariado* en el futuro?

¿Y qué haremos con Turquía, miembro de la OTAN, a la que tanto le hemos prometido? ¿Vamos a prescindir del esfuerzo europeo de Turquía desde Ataturk porque todavía no es, evidentemente, suficiente? ¿No existe el riesgo de que tanto desdén europeo lleve a Turquía al bando de los que denuncian el egoísmo y la explotación de los países ricos? Turquía podría ser el eje de una tenaza de pueblos agraviados apretando el flanco suroriental de Europa, cerca, por lo demás, de Rusia.

Pero volvamos a la agenda de Niza. Sin Turquía, con los nuevos ingresos, la Unión agrandará su superficie un 35%, su población un 30%. La resultante será una Unión Europea el doble de poblada que los EEUU y cuatro veces más que Japón. Pero, con las cifras de hoy, su PIB crecerá sólo algo más que un 8%. Es decir, como si se incorporara Holanda. Pero con la particularidad que las estructuras económicas que llegarán, en términos generales, son muy deficientes. La ocupación en la agricultura y la ganadería está en tantos por ciento de más de dos dígitos. Pensemos en lo que puede ser el debate sobre las ayudas de la PAC en España, con Polonia dentro. El mismo número de habitantes que nosotros, pero con un 20 % ocupado en el sector primario. Los problemas presupuestarios son bastante grandes. Especialmente si los comparamos con el raquítico compromiso europeo de no incrementar el presupuesto comunitario por encima del 1,14% definido para las perspectivas 2000 en Colonia. Y esas perspectivas culminan en el 2006. Como además, las ayudas a la agricultura, actualmente la mitad del presupuesto, sólo pueden ir a las rentas de los agricultores y no a subvencionar precios, el asunto es serio. Y, sinceramente, escucho a los ministros europeos anunciar a sus opiniones públicas respectivas su intención de ganar en Niza la liga europea, goleando a sus colegas. Parecen, a veces, entrenadores, y los primeros ministros, presidentes de club de fútbol.

Pero tendremos que pensar que el proceso no se ha detenido nunca. La paradoja es que cuando llegue la crisis, habrá entonces que asumir los costos de la integración. Por ejemplo, ¿aceptaremos que los fondos estructurales cambien o dejen de llegar a las mismas regiones que llegan ahora? Hay que pensar que todos los países candidatos, son destinatarios de fondos y todos ellos serán *objetivo 1*: están por debajo del 75% del PIB/per cápita. Todos ellos son candidatos a las iniciativas comunitarias: INTERREG, URBAN, LEADER, EQUAL. Con ellos dentro, sólo Canarias, Andalucía y Extremadura podrán seguir siendo *objetivo 1*: titulares de todos los fondos.

Lo que ha dicho Schroeder en La Granja hace unos días parece premonitorio: Niza no será la verdadera Conferencia Intergubernamental, habrá que esperar hasta el 2004. Es decir, habrá, probablemente, un *postNiza*, en el que cada país tendrá que pensar en un futuro que Europa no puede perder. Tal vez, una oportunidad de configurar este continente con los principios democráticos y los derechos de la persona, como los Tratados de Westfalia organizaron Europa con los Estados soberanos. España no puede ser ajena a ese reto. Tenemos más reciente el fermento democrático. Como ha dicho el ministro alemán de exteriores Fisher, España tiene que jugar un gran papel, pero tiene que decidir qué papel quiere jugar.

Mientras tanto, el debate europeo está fuera de las preocupaciones nacionales. El gobierno, no lleva al parlamento estos debates. Europa cada vez más lejos y más burocrática. ¿Cómo es posible construir un gran espacio democrático si se exige a los ciudadanos conocer unas técnicas y unos lenguajes que sólo dominan unos miles de expertos en las instituciones comunitarias?

Así emerge con potencia el antieuropeísmo. Durante años, Alemania jugó a hacer europea a Europa. Después de escuchar las acrimonias del presidente de Baviera, el influyente Stoiber, podemos adivinar lo que piensa la derecha alemana. La ampliación no puede ser gratis, ni seguir pagándola los mismos, es decir, piensan, pagándola Alemania. Deben añorar la época de un marco dominante, con el que otros europeos financiaron buena parte del costo de la unificación. Ahora, de nuevo, Europa debe hacerse más alemana, según el presidente bávaro. Pero el reflujo es general. La ampliación hacia el Este y el Centro es apoyada por el 44% de los ciudadanos de la Unión, pero el porcentaje está descendiendo. Y lo que conviene retener es que los menos comprometidos, por ejemplo los británicos, quieren una integración rápida. Calculan que así

será menos profunda y que la idea de una Europa política y social cederá espacio a una Europa detenida en un modelo de intercambios económicos.

Esa falta de liderazgo y de doctrina la venimos arrastrando desde hace años. Sobre las reformas institucionales en la Comisión, el Consejo, el Parlamento y los otros órganos de la Unión, las cosas no han avanzado apenas sobre lo que el grupo de expertos que coordinaba el español Carlos Westerndorpf definieron para la primera Conferencia Intergubernamental. Desde la entrada en vigor del Tratado de Amsterdam, en 1999, los problemas se definen, las autoridades y los órganos hacen o aprueban declaraciones, pero no hay diseño. ¿Es tan grave la situación? Que Europa avance configurándose de formas imprevistas, es normal. No es la obra de un ingeniero constitucional, sino el resultado de acuerdos políticos. Lo malo está en que se llegue a perder lo más genuinamente europeo del mismo: la voluntad de convertirse en un gran sujeto político mundial, para escapar del riesgo de quedarse convertida en el museo del mundo. Y nunca ha habido decepciones definitivas. Helsinki, que ha sido tan criticada, por haber resultado más declarativa que práctica cuando aprueba abrir la ampliación, sin embargo ha sido también la cumbre en la que se capta la necesidad de que Europa sea actor en los conflictos de su flanco suroriental. Helsinki aprueba la creación de la fuerza de intervención europea.

Las reformas institucionales exigirán, probablemente, una voluntad reformista que hoy no se vislumbra, entre otras cosas, porque lo que las opiniones públicas de los 15 escuchan son comentarios sobre si hay riesgos de perder votos en el Consejo, en la Comisión, escaños en el Parlamento o dotaciones presupuestarias en fondos o ayudas. Con la excepción de algunos liderazgos, como el del ministro alemán de Asuntos Exteriores, apenas se escucha la reflexión de que todos tendremos que perder lo que hoy tenemos si queremos mañana seguir protagonizando un proyecto de Unión en el que Europa se debate entre su primacía y su decadencia. El problema está en que las instituciones que fueron diseñadas para una Europa de seis miembros, tienen que dar cabida a más de veinte. ¿Todos los países deben seguir teniendo, al menos, un comisario, o deberemos pasar a un auténtico gobierno europeo constituido más por criterios ideológicos que de adscripción nacional? Porque si nos vamos a una Europa de treinta, con una Comisión de treinta, ¿tiene sentido que Alemania tenga el mismo número de comisarios que Chipre? Luego está el problema del

Parlamento Europeo. Si no parece razonable ampliarlo hasta un número de diputados que nos equipare a la Asamblea Nacional Popular de China, ¿no habrá riesgo de que algunos países sean compensados con escaños parlamentarios lo que pierdan en representación en la Comisión? No obstante, lo que subyace a los demás problemas es la arquitectura política de Europa. ¿Cómo avanzar hacia un gobierno común de Europa, renunciando a la esencia del gobierno europeo que es el gobierno parlamentario? ¿Y es posible un gobierno parlamentario en Europa si hoy el Parlamento Europeo no tiene pueblo? En este punto es donde de nuevo nos encontramos con que la solución está en proyectar la voluntad política, teniendo muy presente la historia de Europa. Y hay que recordar, Alemania o Italia lo hicieron en el siglo XIX, que los pueblos hacen los parlamentos tanto como los parlamentos hacen los pueblos. Por lo tanto, también influye el escaso papel que los tratados atribuyen al Parlamento Europeo. Un Parlamento que le ha exigido responsabilidades a la Comisión, cuando la Comisión tampoco ha sido nunca un Gobierno, y hoy lo es en menor medida que cuando el Parlamento censuró a la Comisión Santer por unas dietas y unas incompatibilidades cuyo escándalo produjo regocijo entre los adversarios de la unificación europea. Podemos releer la crónicas de entonces del *Financial Times*. En cualquier caso si el Parlamento no tiene Gobierno, la Comisión es un gobierno que no tiene tampoco territorio. Todo nos conduce hacia los gobiernos nacionales, y hacia el órgano en el que se expresan: el Consejo. Y aquí nos encontramos en que en los tiempos de la democracia instantánea, en la época en la que Clinton supera cada crisis adoptando decisiones inspiradas en encuestas de opinión aún calientes, Europa se gobierna con la parsimonia del imperio romano germánico. El Consejo se reúne cada seis meses. Europa tiene órganos lentos, y está a punto de tenerlos también enormes. Con todo, lo más crucial es que en Niza habrá que adoptar unos nuevos sistemas de votación para adoptar las decisiones, y todo el mundo piensa que hay que reducir las materias que requieren unanimidad, y ampliar aquellas que puedan adoptarse por mayoría, pero se ven complicados los acuerdos.

Las otras instituciones, merecen también alguna consideración, pues ninguna puede considerarse definitivamente configurada. El Banco Europeo, en su momento, se definió básicamente como una institución independiente, con la vista puesta en la decisión de la moneda común y en sus riesgos de inestabilidad. Lo

que ocurre es que algunos expertos se preguntan, ¿de quién es independiente el Banco? ¿Del Gobierno? ¿De la Comisión que no es del todo un gobierno? Estas preguntas tienen algo de retórica provocativa, y soy consciente de ello, pero lo que quiero destacar es que, en vísperas de que el país de Hamlet decida en referéndum si su moneda, que está unida al marco, quiere en el futuro seguir viviendo tan ricamente sola, mientras nos pide que nos abramos a los estados bálticos, el euro necesita de la política para afianzarse. En efecto, la crisis del euro se debe a que no sólo todavía no existe, sino que, además de tener un Banco europeo independiente, la Unión necesita tener una política presupuestaria común. Pues ciertamente, el euro es un ejemplo más de lo que se llama la cooperación reforzada, como Schengen. Y no parece fácil que Europa funcione en el futuro como un sistema de una docena de círculos concéntricos de cooperaciones reforzadas entre veintiocho países europeos.

Quisiera concluir esta intervención impresionista, volviendo a los sentimientos de optimismo. No me gustaría dejar entre ustedes la sensación de que veo las cosas imposibles. Pero prefiero exponer sinceramente en este auditorio universitario mis temores, porque creo que ustedes comparten la preocupación por la ralentización de la construcción europea y el predominio de los intereses nacionales y electorales, precisamente cuando el conflicto armado y la intolerancia racial ha vuelto a aparecer entre nosotros.

La Unión Europea es una necesidad para los europeos, para afianzar su proyecto de sociedades gobernadas bajo el imperio del Estado de Derecho. Personalmente, y como socialdemócrata de vieja escuela que soy, me gusta remedar aquel aforismo de las disputas entre comunistas y socialistas en los años veinte, cuando afirmo mi convicción de que el Estado del Bienestar no es posible en un único país. Con esto también estoy pensando en la emigración. Informes recientes nos señalan que Europa necesitará en los próximos veinticinco años 13 millones de inmigrantes. Y no sólo en puestos de trabajo de media o baja cualificación. Necesitamos inmigrantes en altas tecnologías. Esos desafíos merecen el esfuerzo. En pocas palabras, se resumen en algo que es producto del genio europeo: la idea de la ciudadanía. Hacer a las personas, haciendo abstracción de su sexo, del color de la piel, o de sus creencias y convicciones, tan iguales entre sí como iguales predicen de ellos las declaraciones de los derechos del hombre y del ciudadano.

La cultura europea y el europeísmo en el periodo de entreguerras